

entraba ya en posesion de este primado de honor en la existencia de un Cardenal mejicano.

¡O santa Iglesia de Michoacan! ¡A tí estaba reservada tan insigne gloria! ¡Tú habias de llevar á la faz del orbe este bello timbre en la historia de la grandeza de nuestros Pontífices! A la hora presente la púrpura romana debia recorrer magestuosamente tus átrios augustos, y el venerable nombre de tu esposo poseer el derecho de entrar en la urna sublime donde se revuelven con los votos del cónclave los destinos de todo el mundo católico! ¡A tí se hubieran convertido en estos dias las miradas atónitas de esta ilustre nacion, al verte consagrar en tu reconocimiento la munificencia incomparable del ínclito Pio IX! ¡Hoi tal vez magníficos preparativos ocuparian á todos tus hijos, para celebrar dignamente un suceso tan glorioso; y sus pensamientos cada vez mas fecundos, y sus deseos nunca satisfechos, y su imaginacion siempre encantada, qué sé yo hasta dónde hubiera hecho correr en su prevision por el indefinido sendero del porvenir esta imágen seductora de felicidad en la gloria de tan esclarecido Pontífice! Arcos de triunfo se habrian erigido por todas partes, y la magnificencia del regocijo público se hubiera excedido en tan bello dia, para saludar al *Eminentísimo Señor Portugal* entre mil festivas aclamaciones, en medio de los trasportes mas vivos del entusiasmo inspirado por la gloria, con toda la pompa de las bellas artes, con todas las gracias de la naturaleza, con los encumbrados acentos de la elocuencia y los encantos indefinibles de la poesía. Hoi tal vez.... en estos mismos instantes.... en medio de esta misma concurrencia..... dentro de estos muros sagrados.....

¡A dónde voi, señores? ¡Quién explicará estos misterios de la imaginacion? Yo hablaba de regocijos públicos, y me hallo en el santuario de la muerte: me embelesaba con pri-

mosos cuadros, y tengo á mi vista una pira: perseguia inquieto un brillante cúmulo de ilusiones al través del porvenir, y me encuentro frente á frente de la eternidad: el entusiasmo me enagenaba, y sorprendo en mi alma el dolor.... ¡O muerte, fidelísima para Dios, é importuna siempre para los hombres! Llamaste á la puerta de ese palacio, y arrebataste cruelmente de en medio de nosotros y nuestras esperanzas al hombre que las alimentaba con la imágen bellísima de la gloria. Tú tenias levantado el brazo, miéntras nuestro pensamiento corria con afan: pronunciaste el tremendo *hasta aquí*; y desde las torres de nuestros templos el eco imponente de tu voz inflexible vino á helar la sangre en nuestras venas, y á echar una pesadumbre inmensa sobre nuestro corazon atribulado!.... ¡Ah, señores! Es preciso desengañarse, fuerza es no seducirse: todo lo que el tiempo mide y la muerte destruye, cuanto no sea capaz de atravesar la tumba, reinar en los cielos y vivir en la eternidad, debe salir al instante de nuestro corazon. Si el hombre merece la pena eterna por sus pecados, no sé deciros qué merecerá por adherirse con tan loco frenesí á las cosas de este mundo, por colocarse al lado de las ilusiones contra el poder terrible de la realidad, por alzarse rebelde contra tantos y tantos desengaños de la vida, para perseguir sin obstáculos esa deidad encantada, ese símbolo de todas las falsías, esa felicidad impostora que fascinando la vista y embriagando el corazon, arrastra las generaciones al abismo por desfiladeros de sepulcros!

¡Dichosa tú, alma escogida y predilecta, que cerraste las puertas del corazon á las avenidas tristes de las pasiones durante la aurora primera de tu vida; que te horrorizaste del vicio ántes de sentir sus funestos estragos; que te apasionaste de la verdad santa, cuando la voz de una filosofía corruptora no habia venido aun á tentar tu reposado genio é

incomparable juicio! ¡Dichoso tú, Pontífice grande, que profundamente penetrado del carácter de la sabiduría levantaste dos tabernáculos en tu espíritu, para que nunca saliesen de allí en pos de una morada mas digna el temor y el amor, consagrados en las primeras de todas las leyes por la palabra de aquel Ser incomprendible por quien es cuanto existe, y el único á quien toca por derecho el honor, la grandeza y la gloria! ¡Dichoso tú, modelo de los sabios, que recogiendo en tu alma todas las glorias, recorriendo en tu vasta carrera todos los teatros, haciendo admirar el poder de tu dialéctica en las nobles contiendas de la tribuna, tu dominio en las ciencias al frente de la juventud estudiosa, tu elocuencia triunfadora en las grandes crisis de la patria, y no queriendo jamas transigir con las insinuaciones brillantes de la celebridad del siglo, las despediste siempre de los umbrales de tu hogar pacífico, al volver de los afanes no interrumpidos de tu vida social! ¡Dichoso tú, que siempre adicto á las lecciones del sabio, simpatizabas con el dolor y la miseria, y huiste siempre de la opulencia y el fausto: jamas te presentaste á los festines del regocijo; pero no rehusaste nunca tu presencia á los asilos del dolor! ¡Ah! Tú eras el único que ignoraba la grandeza futura que venia á oprimir tu inalterable modestia, y grande beneficio fué para tu alma el cultivar hasta sus últimos términos aquella virtud sublime que encadenó la naturaleza bajo el yugo de todas las penas y bajo el poder indómito de los mas terribles dolores! ¡Dichoso tú, que habiendo descendido á la tumba sin tener motivo para volver tus miradas á la vida, pues cuanto poseias podia pasar contigo, hiciste la travesía misteriosa á la benéfica luz de la misericordia divina, en medio de tus ángeles custodios y de tus virtudes eminentes!

¡Gran Dios, que proscribiendo del alma los temerarios juicios, levantando los sentimientos de misericordia y de bondad al rango de las primeras virtudes, y preparando insignes recompensas para los que aman á sus padres y á su prójimo, no condenáis nunca, sino favorecéis mas bien estas conjeturas felices con que apoyamos nuestros juicios sobre la bienaventuranza de aquellos que han vivido conforme á vuestra lei, ratificad lo que he dicho, llevando al sagrado de vuestros tabernáculos divinos el alma de este Pontífice que vivió siempre de la fe, predicó vuestra palabra y promovió vuestra gloria! Dad, Señor, á esta Santa Iglesia un esplendor mas verdadero, mas lucido y permanente que el que sobre ella podian derramar un Capelo y aun una Tiara. Dadnos, Señor, la ratificacion sublime que decide para siempre de la suerte feliz de los que han salido de la vida: dadnos á todos nuestro fin último: á nosotros tu amor constante miéntras respiremos; y al amado Pastor que acabamos de perder el eterno descanso, reservado solo para esas almas escogidas que te han de ver y gozar por los siglos de los siglos.

